

## **Los Sopifofos visitan Ringuelet**

**Pedro Perrupato  
Agostina López  
(UNLP - Grupo Vuelo)**

### ***Resumen***

En el marco del Proyecto de Extensión “Literatura, juego y mediación. Construyendo infancias” de la Universidad Nacional de La Plata y como participantes del mismo, se relata la experiencia realizada en el comedor “Niño Belén”, ubicado en el barrio Ringuelet de la ciudad de La Plata, con chicos de entre dos y trece años que allí asisten durante el turno mañana. Las actividades que se llevaron a cabo fueron de diversa índole, en donde se requería participación y coordinación grupal, sumado a un desarrollo creativo, trabajo con la imaginación y desempeño lúdico. A partir de la lectura del cuento “Los Sopifofos” (2009) de Luis María Pescetti, las tareas que se realizaron, de modo secuencial, fueron las siguientes: representación gráfica, representación tridimensional de personajes, construcción de una maqueta y producción de la letra de una canción. Estas prácticas se construyeron guiadas por la idea de que el juego y la expresión artística son también medios para el aprendizaje. A partir de la experiencia lúdica se trabajaron cuestiones como: apropiación y construcción de sentidos, atención focalizada, planificación y coordinación tanto personal como grupal, así como también organización tiempo-espacial de las acciones.

***Palabras clave:*** proyecto extensión- literatura- escritura- juego- expresiones artísticas

Hay cosas, como jugar y pensar, que no se pueden enseñar, pero, sin embargo, se aprenden.  
Alicia Fernández (2000: 174)

Mientras íbamos caminando, hacia la parada del colectivo, dormidos, no dejábamos de mirar las veredas por las que pasábamos: cualquier objeto tirado podía ser útil para el propósito de ese día: hojas caídas, telgopor, cartón, revistas viejas, folletos, etc. En el colectivo volvimos a repasar la actividad que, a pesar de ser simple, nos mantenía expectantes puesto que ninguno de los dos nos considerábamos muy diestros en las manualidades. Nos surgían preguntas tales como: ¿Les gustará el cuento? ¿Entenderán lo que queremos hacer hoy? ¿Cómo podemos lograr que todos participen de la actividad? ¿Alcanzaran los materiales que pudimos juntar? Estas y otras dudas sobrevolaban ya sobre nuestras mentes.

Nuestro destino era la casita del Niño “Belén”, un espacio ubicado en el barrio de Ringuelet que funciona como Comedor barrial, allí acuden niños para recibir el almuerzo y, ante todo, para estar acompañados en un horario en que los padres trabajan. Los lunes asisten cerca de siete chicos, todos en edades dispares, entre los dos y los trece años.

A mencionada institución asistimos siendo parte del Proyecto de extensión “Literatura, juego y mediación. Construyendo infancias”, creado desde la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, bajo la dirección de la Lic. Cristina Blake y la co-dirección del Prof. Sergio Frugoni. Este proyecto, desde el año 2013 a la fecha, viene realizando diversas intervenciones en relación a la literatura y el juego como métodos de apropiación de saberes, siendo sumamente enriquecedor especialmente para niños con trayectorias escolares dificultosas.

Al ingresar nos encontramos con que los niños se encontraban en silencio dibujando cada uno en su hoja. Todo estaba en calma. Al vernos se les despertó una marcada curiosidad por averiguar qué había dentro de las grandes bolsas que traíamos, a lo

cual no les dimos una respuesta inmediata con el fin de aumentar su atención para con nosotros. Los saludamos uno por uno, aguardando a que terminaran de desayunar. De a poco, se iban despertando y nos contaban qué habían hecho durante el fin de semana. Desde la última actividad, se habían incorporado dos niñas nuevas, por lo cual se nos sumaba un nuevo desafío: generar lazos de confianza y solidaridad para que pudieran integrarse al grupo. Una vez consumado el desayuno nos dispusimos a empezar la actividad, nos sentamos en ronda y a cada uno se le entregó una hoja y lápices para dibujar. La consigna era escuchar un cuento y dibujar lo que el mismo les provocara. El relato elegido fue “*Los Sopifofos*” de Luis María Pescetti (2009). Esta elección no era espontánea, sino que estaba relacionada con el modo de construcción del relato. Allí, el autor juega con la ambigüedad y las dualidades, describiendo personajes a los que atribuye características que en la siguiente oración niega o transforma:

Son una especie de animales, pero no son animales, porque hablan y piensan como las personas, nada más que tienen unas asas como si fueran jarras de servir el té, pero no son jarras porque tienen un lugar que es para escribir y algunos llevan pluma también, pero a otros les gusta jugar al fútbol. No a todos, porque algunos sopifofos son más de jugar a la mamá. Pero no son niños. (p. 87)

Esta carencia de precisión y juego de contrastes permitía generar múltiples interpretaciones que, a la vez que invitaban a fantasear y crear, convocaban al niño a “deslindarse de su persona”, sin dejar de serlo. Parafraseando a Freud (1907): “El poeta hace lo mismo que el niño que juega: crea un mundo de fantasía al que toma muy en serio, vale decir, lo dota de grandes montos de afecto, al tiempo que lo separa de la realidad efectiva” (p. 128). Generándose, de ese modo, mediante la literatura y el juego, un espacio en donde se conjugan fantasía y realidad.

Ahora bien, esta actividad de introducir a los chicos en la escucha de un texto complejo es lo que Elba Rosa Amado (2001) denomina “las estrategias de extrañamiento”, es decir que el lector se ve desenfocado de las lecturas normalizadas, y por ello se ve obligado a comprender y darle sentido desde otra mirada a aquello que le produce extrañeza

y dificultad. Esta tarea, como dice la autora: “conlleva operaciones cognitivas y textuales que favorecen la comprensión.” (p. 4). Esta extrañeza se dilucidaba en las caras de desconcierto con que los chicos escuchaban aquellos pasajes donde no quedaba claro qué era y qué hacía un *sopififo*. Por ejemplo cuando leímos el cuento de Pescetti (2009): “En invierno algunos se van y otros aprovechan para volver, y en verano los que se fueron vuelven y los que habían venido igual se quedan.” (p. 88). En este caso, la descripción se volvía una especie de trabalenguas que dejaba a los chicos pensando, en un intento de ordenar aquellas ideas para luego plasmarlas en la hoja. No era un trabajo sencillo, conjugaba varias acciones como la escucha atenta, la interpretación y simbolización de aquello que se quería dibujar. Por eso comenzamos a leer más pausado, interrumpiendo la lectura con preguntas que permitieran abrir al debate y las diferentes interpretaciones, así como también recuperar la información que se había leído: “¿Les gusta o no les gusta jugar a los Sopififos?” , “¿Ustedes que piensan?” , “¿Alguno sabe qué es una banderola?” , “¿En qué otro idioma podrían hablar?”.

A su vez ellos también interrumpieron la lectura para plantear sus dudas: Abigail, por ejemplo, preguntó: “¿Qué son asas?”, lo cual fue interesante para que entre todos pudiéramos construir y describir aquel objeto que generaba duda, es decir no le dimos la respuesta inmediata sino que intentamos construir el significado entre todos. Al respecto, Elba Rosa Amado (2001) establece:

Las estrategias de lectura compartida o recontextualización social, proponen que a partir de la lectura en voz alta del texto por el docente, y de la lectura individual y silenciosa, se socialicen las diferentes interpretaciones contrastando con las de los otros lectores a fin de enriquecer las interpretaciones individuales y descubrir la comunidad de significados compartida. (p.5)

Es por ello que a partir de la lectura interrumpida pudimos dar el espacio necesario para la comprensión y la construcción de significados, aspectos que fueron retomados por cada chico a la hora de representar en el dibujo lo escuchado.

Así fuimos intentando cautivar su atención, con algunos pudimos lograrlo, mientras que con otros se nos hizo más dificultoso, en especial con los más chiquitos. Una vez finalizada la lectura, pudimos apreciar los dibujos que habían surgido. En su mayoría habían partido de la imagen de una persona a la que adicionaron los accesorios de los que habla Pescetti: plumas, rueditas, pelos, una mesita, logrando una conjunción de los elementos muy interesante, apropiándose del cuento cada uno de manera particular.

Creemos que la articulación de lo escuchado con el trabajo manual fue muy productiva. Kevin, por ejemplo supo simbolizar en la imagen de una pelota la idea de "pero a otros les gusta jugar al fútbol". Abigail, por otro lado, dibujó una cama-cucheta para simbolizar "...si les da sueño alumbran. En cambio hay otros que sólo alumbran si les da sueño"

Todos se mostraron contentos con sus creaciones, mostrando los dibujos a sus compañeros así como también a nosotros. Creemos que tuvieron noción de que cada uno había creado un sopiffo, que aunque compartiera elementos con los demás, era único, era singular. Enlazado a esto último consideramos pertinente retomar las palabras de Cristina Blake y Carolina Mathieu en su ponencia (2014): "cada sujeto, incluso con otros, teje su singularidad en la ficción. Singularidad que crea un sujeto en movimiento, en exploración, búsqueda, resistencia, rechazo o descubrimiento." (p. 5)

Esa singularidad quisimos que quedara plasmada de forma explícita en la producción, por tal los invitamos a que le pusieran nombre a su personaje y la fecha del día con el nombre del cuento y su autor. Para finalizar sacamos fotos de cada uno de los dibujos, los que quisieron también se sacaron una foto mostrando su producción.

Luego, la actividad estaba planificada para seguir de la siguiente manera: se les repartió un tubo de cartón a cada uno y se los invitó a que de modo individual crearan su propio sopiffo. Se les indicó que podían utilizar los elementos que estaban sobre la mesa para hacerlos, siempre y cuando supieran compartir con sus pares.

Sobre la mesa había: retazos telgopor azul, retazos telgopor blanco, hojas blancas, cartón, lápices de colores, 3 lapiceras azul, 1 lapicera roja, 2 plasticolas, 3 tijeras, 6 tapas de gaseosa, hojas de árboles, ceritas, corchos, lentejuelas, telas, palitos de helado, polenta, algodón, entre otros. Sumado a estos elementos había cola de pegar y un cúter, los cuales, se les había explicado, solo lo podían utilizar los coordinadores.

Así comenzaron, de a poco, a tomar los elementos, a recortarlos, a pintarlos y a pegarlos, y a enojarse cuando algo les salía mal. Nosotros nos enfocamos en intervenir solamente frente a las frustraciones o cuando se veían trabados y no sabían cómo proseguir. Trabajaron muy concentrados, utilizando todos los materiales, prestándose las cosas entre ellos, ayudándose. Una vez que los *Sopifofos de Ringuelet* estuvieron terminados, los dejamos a un costado, para que pudieran secarse. Allí estaban aquellos tubos de cartón a los que “habían dado vida”: con ayuda de papel les construyeron alas, mientras que otros utilizaron palitos de helado para hacer los brazos y las piernas; con retazos de tela le construyeron vestidos y gorros. Las chicas utilizaron lentejuelas para decorar coronas y vestidos. El telgopor, por su parte, funcionó para hacer los zapatos.

Es importante puntualizar que a la hora de seguir con el ejercicio de los Sopifofos, muchas de las características originales que habían plasmado en sus dibujos asumieron otras mediante el trabajo manual. Les resultó sumamente dificultoso incluir aquellas extrañas características de los personajes a los tubos de cartón, sin embargo en cada creación se notó el trabajo de búsqueda, de planificación, secuenciación y organización para lograr el objeto deseado. Citando a Sergio Frugoni (2006), podemos hacer un paralelo de este trabajo y la actividad de escritura: “Escribir supone realizar tareas de naturaleza distinta, como generar ideas, planificar el texto, ordenar la experiencia, redactar y revisar lo escrito” (p. 39). De modo análogo aconteció en la producción de los muñecos: hubo secuencialidad, reelaboración y revisión del trabajo.

La siguiente actividad fue armar una maqueta que representara al barrio de Ringuelet y donde pudiéramos incorporar los “Sopifofos” de cada uno. Sobre un cartón que nos sirvió de base empezamos a pensar entre todos qué cosas “había” en el barrio. Las

respuestas fueron varias: “¡Una plaza!”, “El arroyo el Gato”, “Calles”, “Una tortuga”. De a poco, fuimos ordenando las ideas, preguntándoles todo el tiempo cómo se les ocurría a ellos representar el barrio sobre el cartón. Así surgió un mapa de las calles, las cuadras, las cosas que allí entraban o no. A medida que paso la mañana surgió una hamaca hecha de hilo y corcho, arboles con las hojas del patio, una casa, la vía del tren. La imaginación y facilidad con que fueron creando nos sorprendió, y aunque nos costaba bajar su ansiedad, ya que sobre la plasticola fresca querían poner inmediatamente la tempera, aquello demostraba todo su interés y entretenimiento. Fue una actividad muy productiva, la maqueta iba quedando hermosa, llena de colores. Una vez que se secó todo, procedimos a pegar los Sopifofos contruidos sobre la maqueta. Cada uno eligió el lugar que más le gustaba para ubicarlos.

Juntos habíamos construido “Los Sopifofos” y los habíamos invitado a nuestro barrio, a que vengan a conocerlo. Allí les mostramos cómo era y qué cosas había en él pero aún no nos conformábamos, necesitábamos que esos seres nos canten una canción. Por lo cual, a partir de trabajar con rimas, pudimos componer varias estrofas que hablaran del barrio.

Así, mediante viñetas de papel y cartón, le pusimos voz a los muñecos. Uno de ellos nos decía:

En el barrio de Ringuelet  
los chanchos no vuelan  
y los autos esperan.

Mientras que otro le contestaba:

En el arroyo “El gato”,  
hay tortugas que muerden  
y comen pasto.

Cantando al unísono el estribillo:

Se viene el otoño en Ringuelet  
¡aia aia aiao ó!

Finalmente, la maqueta estaba terminada. Muchos preguntaron... ¿Y ahora? ¿Dónde la mostramos?

### **Conclusión y apreciaciones**

Si bien siempre tuvimos como eje el mismo texto, “Los Sopifofos” de Luis Maria Pescetti, con los chicos trabajamos una serie de actividades que requerían la representación de habilidades y acciones de diferente índole, tales como escuchar focalizadamente para luego plasmar/ expresar en el dibujo lo imaginado; luego re-utilizar lo imaginado para una representación tridimensional, lo cual no solo consistía en un mero traspaso sino que implicaba una reelaboración de aquello fantaseado, de aquello producido; y por último, la construcción de rimas implicaba además de jugar con las palabras, continuar y retomar lo trabajado anteriormente. Todo aquello involucrando, a su vez, estrategias y destrezas que requerían participación y coordinación grupal. El orden de las intervenciones didácticas sucintamente se podría establecer de la siguiente manera: primero dibujar los sopifofos, luego representarlos tridimensionalmente mediante ciertos elementos, incluirlos en una maqueta que representara el barrio de Ringuelet y, finalmente, producir una canción sobre lo creado.

Como coordinadores les brindamos los elementos materiales y les propusimos las actividades, lo demás fue aporte de los chicos. Supieron compartir y participar de forma ordenada, entendieron las limitaciones de los materiales y aprendieron a postergar cuando el objeto que deseaban estaba ocupado por un par o se había terminado, pero sobretodo supieron expresarse y jugar. Aquellas preguntas que nos surgieron antes de empezar la actividad se fueron transformando en y por la situación. Tuvimos que lidiar con lo impredecible, con aquello que escapa a lo “calculable” y enfrentarnos a diferentes emergentes que replanteaban y modificaban nuestro accionar (por ejemplo, una lectura más pausada para lograr apropiaciones significativas a quienes parecía resultar más difícil dialogar con el texto).



Esa incertidumbre que nos aquejaba en un principio, mientras planificábamos y proyectábamos las posibles actividades, era producto del creer que como coordinadores debíamos garantizarles a los niños no solo los objetos para que trabajen, sino además una tarea que proponga crear y que les dé las pautas de cómo hacerlo. Ilusa ilusión de creer que las consignas podían garantizarles un modo de crear, fantasear y jugar; la experiencia nos demostró, en cambio, que los niños no operan desde el vacío, no necesitábamos transmitirles cómo se juega. En todo caso, las intervenciones didácticas debían construirse para potenciar esa imaginación y esa creatividad que el niño desarrolla y reinventa constantemente en otras actividades, en forma individual o con otros, como al jugar. Fue a partir de ese día que supimos leer un hecho que observamos lunes a lunes cuando arribamos a la salita: los niños ya están jugando. Desde allí es que empezamos a crear y a programar las futuras intervenciones didácticas, del supuesto que los niños juegan.

Mientras salimos caminando, cansados, intentándonos despegar los restos de “plasticola” seca en los dedos, hablábamos de cómo nos habíamos sentido esa mañana. Y el tema nos dirigía, una vez y otra vez, a la frase de Alicia Fernández con el que comenzamos esta comunicación: fuimos con el propósito de realizar una intervención didáctica, es decir de enseñar y, en esa decisión no exenta de incertidumbres, aprendimos a jugar y pensar como mediadores culturales.

### ***Bibliografía***

- Amado, E. R. (2001). *Hacia una didáctica social: la formación de lector*. En V Congreso Nacional de Didáctica de la Lengua y la Literatura dirigido por Universidad Nacional de Jujuy.
- Blake, C. & Mathieu, C. (Abril, 2014). “La escritura ficcional como vía para la reconstrucción subjetiva”. En III Jornadas de Extensión de MERCOSUR dirigido por Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires UNICEN, Tandil.

- Fernández, A. (2000). *Psicopedagogía en psicodrama. Habitando el jugar*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, S (1910). *Cinco conferencias sobre el psicoanálisis. El creador literario y el fantaseo*. Amorrortu Editorial, Tomo IX, 127-135. Buenos Aires.
- Frugoni, S. (2006). *Imaginación y escritura. La enseñanza de la escritura en la escuela*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Pescetti, L.M. (2009). *Nadie te creería*. Buenos Aires: Alfaguara.